

CAPÍTULO LVI. ¹

De la causa por qué *Montezuma* dió guerra y conquistó la provincia de Quetzaltepec y Tototepec, y de la gran resistencia que halló en conquistallas.

Los lapidarios de la ciudad de México y de Santiago y de todas las demas provincias tuvieron noticia, cómo en la provincia de Tototepec y Quetzaltepec, auia una arena apropiada para labrar las piedras y que tambien se hallaua allí el esmeril para bruñillas y ponellas muy limpias y resplandecientes, de lo qual dieron noticia al Rey *Montezuma* y sinificaron la dificultad con que los de aquellas provincias lo dauan y el mucho precio con que se compraua. *Montezuma*, auido su consejo, determinó de enviar sus mensajeros á Tototepec y á Quetzaltepec pidiéndoles le hiciesen merced de comunicalle de aquella arena para los oficiales lapidarios; quel les comunicaria y enviaria siempre el retorno de las cosas que quisiesen; que no queria si no que fuesen como un trueque, que en esta tierra era el modo de comprar y vender el trocar unas cosas por otras; para lo qual envió cien principales y con ellos muy ricas mantas y munchas otras joyas y cosas preciosas de plumas y rodela para que lo presentasen á los señores de aquellas dos ciudades, ofreciéndoles su favor y amistad para siempre. Los mensajeros llegaron á Tototepec, y yéndose á las casas reales dixeron á las guardas que auisasen á su señor, cómo estauan allí unos mexicanos que le querian hablar de parte de su señor el Rey de México. El señor, entendiendo eran mensajeros, los mandó entrar, los quales, puestos ante él, le hicieron la reuerencia y acatamiento que ellos usauan, porque en esto de buena criança era esta nacion muy aventajada y en tener respeto á los grandes y en honorarse unos á otros, y en ospedar á los caminantes y peregrinos; y pusieronle delante

¹ Véase la lámina 20^a, part. 1^a.

la mitad del presente que llevaban, el qual ofrecido propusieron la demanda que llevauan de parte de su Rey, lo qual oydo por el señor de aquella ciudad de Tototepec, dixo que fuesen bien venidos, que descansasen, que aquello que pedian estaua en parecer de la república y del señor de Quetzaltepec; que él les hablaria y les daria la respuesta; el qual luego hizo ¹ un mensajero á Quetzaltepec, avisando al señor de aquella ciudad cómo *Montezuma* les enuiaua á pedir aquella arena y el esmeril para labrar piedras; que qué le parecia. El, comunicándolo con sus cauidos, fueron de parecer que no se les concediese ni se sujetasen á nadie ni dado ni comprado; y para que *Montezuma* no supiese tan presto esta respuesta, era de parecer que matasen á todos los mensajeros, y que el orden fuese para matallos, que los cinquenta dellos se los enviasen allá y que los otros cinquenta se quedasen en Tototepec y que en llegando ante él, él ternia gente apercebida que los mataseu luego y que en aquel mesmo punto matasen los que allí quedauan.

Oydo este concierto por el señor de Tototepec, aunque no gustó del, en fin, no pudiendo hacer otra cosa, envió los cinquenta principales á Quetzaltepec, los quales llevaron la otra mitad del presente que auian traydo, y puesto ante el señor de Quetzaltepec le propusieron su embaxada. El, con cara muy enojada, les respondió: ¡piensa *Montezuma* de sujetar todo el mundo, que nos manda como si fuéramos sus vasallos? bien parece que no a prouado el valor de los quetzaltepecas, ni los mexicanos an tenido guerra con nosotros, que no os atreviérades vosotros á venir con esos atrevimientos; y mandando á los suyos los matasen, luego allí en su presencia fueron muertos y echados en el rio de Quetzaltepec, ques grande y furioso. A aquella mesma ora fueron muertos los que quedaron en Tototepec y echados en una quebrada. Muertos los mensajeros y temiendo lo que de su muerte auia de suceder, fueron de parecer que se cercasen y hiciesen algunas albarradas y cercas para su defensa y así se puso por obra, porque Tototepec ² demas de tener el rio grande por amparo, hiço hacer cinco cercas las mas fuertes que pudo, todas de piedra y tierra muy apisonada y de maderas gran-

¹ Envió.

² Parece que debe decir—“Quetzaltepec.”

des y de todo género de fagina. Acauadas estas cercas, que la que cercaua el pueblo era de seis braças en alto y de quatro en ancho, siendo las demas que se les iban siguiendo de á quatro y á cinco en alto, pusieron sus guardas y centinelas sobre cada cerca con gente de guarnicion, y OBSTRUYERON el camino real con muchos troços de maderos y piedras, espinas y abrojos para que no se pudiese andar, y para sí, buscaron sendas y entradas ocultas y escondidas, para que nadie les supiese su entrada ni salida, y lo mismo hicieron los de Tototepec, reforçando sus ciudades lo mejor que pudieron, temiendo la furia del enemigo, que era el mexicano, de quien toda la tierra temblaba.

Esperando *Monteçuma* sus mensageros y temiendo el mal suceso, envió á buscarlos y hallaron lo que dicho es; cerrados y tapados los caminos, y mirando á unas partes y otras, vieron el concurso de las auras que acudian á los cuerpos muertos, y acudiendo al rastro dellas hallaron los cuerpos de los mexicanos despedaçados y comidos de fieras: demas desto auian las guardas auyentado muchos mercaderes que solian acudir allí á sus grangerías; de todo lo qual fué dada noticia á *Monteçuma*, el qual con grandísima indignacion envió á las prouincias comarcanas que luego aperciesen sus gentes para ir á vengar una injuria tan grande como se le auia hecho; y llamando á las mugeres de los mensageros muertos, mostrándoles las mantas y ceñidores de sus maridos, las quales conociéndolas le dixerón ser aquellas las ropas que sus maridos llevaban, y llorando amargamente fueron consoladas por el Rey y dadas muchas dádivas y mercedes.

No contento *Monteçuma* con las nuevas que tenia de sus mensageros que él auia enviado, mientras se hacia la gente ¹ en las ciudades envió otras espías, mandándoles estrechísimamente que caminasen de noche y de dia sin parar, y viesen y explorasen las ciudades y las rodeasen y considerasen con mucha de diligencia y viesen las cercas y las midiesen, y si pudiesen entrar en la ciudad entrasen y se satisficiesen de todo lo que les hiciese al caso para el provecho de la guerra y para entrar en aquellas ciudades. Los mensageros, no perezosos en cumplir el mandato de su señor, caminaron de no-

¹ Se reunia y organizaba el ejército.

che y de dia, y llegados á Quetzaltepec pasaron el rio con determinacion de hacer lo que su Rey les auia encomendado, y queriendo llegar á la primera cerca salieron de entre las yervas las guardas y centinelas del muro, y queriéndolos prender dixerón que eran mercaderes y que venian á buscar su vida como solian. Las guardas, creyendo ser así, los mandaron voluer y amenazaron, con pena de la vida, que luego voluiesen á pasar el rio, y ellos así lo hicieron con mas miedo que verguença; y temiendo de voluer á su señor con tan mal recaudo, creyendo los matarian, quisieron aguardar á la noche; pero viendo tanta vela y cuidado en guardar, se voluieron á México y dieron relacion de todo lo que les auia pasado. Oydo por *Monteçuma*, echó bando que dentro de tercer dia saliese todo el ejército y que en la ciudad de México solos quedasen los viejos y impotentes, enfermos y niños, y que ningun moço que pase de diez y ocho años quedase en la ciudad, sino que todos fuesen á esta guerra, de suerte que á tercer dia salió el ejército de todas las ciudades y prouincias, quedando México tan solo que casi no parecia gente en la ciudad, porque fué á esta guerra gente que cubria el sol, que pasauan de quatrocientos mill combatientes, todos gente muy lucida y bien adereçada, en lo qual se esmeró *Monteçuma*, mas que ninguno de sus antecesores, en repartir á sus soldados y capitanes armas y divisas muy galanas y curiosas con que iban muy vistosos.

Este ejército fué á parar á Xaltianquizco y allí se aguardaron unos á otros y se reforçaron de todo lo necesario, donde *Monteçuma* en persona hiço junta de los señores de todas las prouincias sobre el consejo que en cercar aquellas ciudades se auia de tener; en el qual salió determinado que les pusiesen cerco por tres partes, y que México y su gente tomase la delantera y combatiase al rostro de la ciudad, y que Tetzcoco y su gente combatiase por el lado derecho y Tacuba con su gente combatiase por el lado izquierdo, porque era amigo de ver en quién estaua la falta y flaqueça, lo qual no se echa de ver todos juntos en el ejército cerrado; y así con este ardid de *Monteçuma*, cada parcialidad de gentes se procuraba señalar, temiendo la deshonor y infamia. Allí mandó *Monteçuma* que se enuiasen exploradores que explorasen la tierra y se busca-

sen caminos y veredas para que el ejército caminase, porque estauan todos los caminos cegados y tapados con piedras y troços de árboles y ramas y espinas, y así fueron unos por una parte, otros por otras, pasando rios y quebradas hasta que allaron atajos y caminos, aunque trauajosos; los quales vueltos, se alçó el Real, y guiándolos estos exploradores llegaron á la orilla del rio, que llamaban Quetzalatl, el qual iba crecido y furioso y entraua en la mar con mucha furia, de lo qual el ejército reciuó mucho temor, y alojándose por aquella rivera los de Tototepec y Quetzaltepec, salian de la otra parte á hacer fieros y muchos visajes con el cuerpo y con los rostros, y con piés y manos, diciendo munchas palabras injuriosas y desonestas. Llegaron á este rio una ora antes que amaneciese, porque *Monteçuma* los auia hecho caminar toda la noche.

Llegados allí, *Monteçuma*, enemigo de perder tiempo, mandó á los capitanes que luego sin dilacion se hiciesen munchas balsas y puentes de raices de árboles y de carriço, que en su lengua se llaman *acatlapechtli*, que propiamente son balsas de cañas y puentes, como red, de raices que llaman *cuauhmatlatl*, y hechas con la diligencia posible, en lo qual gastaron todo aquel dia. Venida la noche mandó *Monteçuma* echar las balsas y puentes, y en muy poco espacio de tiempo pasó todo el ejército de la otra parte del rio, de lo qual los de Tototepec estauan muy descuidados, confiados en el rio, que como iba tan creciente y furioso, tuvieron por imposible podelle pasar con tanta facilidad; pero el mexicano, viéndose de la otra parte del rio, sin mas esperar, á aquella ora y punto dieron en la cerca, tan de improviso, que aunque las centinelas tocaron al arma, por presto que los de la ciudad se revoluiéron, ya tenian los mexicanos hechos muchos portillos, y entrando en la ciudad quemaron el templo y las casas Reales y metiendo toda la gente á cuchillo, quanta pudieron auer, y robando la ciudad toda, no quedaron sino las mugeres y niños, á las quales mandó *Monteçuma* nadie hiciese mal. Este robo y matança turó hasta el dia, el qual venido mandó *Monteçuma* recoger la gente, la qual auia entrado tan adentro á todas las rancherías y aldeas y pueblequeros de la comarca á robar, que era medio dia y no acabauan de voluer, porque unos venian agora y otros de aquí á una ora, y así estuvieron todo el dia

en recogerse, los quales traian grandes despojos y hombres presos y en colleras, dellos heridos, dellos sanos, dellos medio muertos, tratándolos con tanta crueldad que era compasion.

Recogida la gente, el Rey *Monteçuma* tomó consejo y juntó á todos los señores y grandes de las prouincias y tomó parecer sobre la ida á Quetzaltepec, que era la segunda ciudad; y queriendo usar de algun ardid para tomalla, salió determinado que se hiciesen muchas escalas para subir las murallas y que se hiciesen gran número de coas de palo para cabar las tapias y deshacer las albarradas; pero los de Quetzaltepec, viendo el daño que sus vecinos auian recibido, escarmentando en caueça agena, por sus espías supieron lo que en el ejército de *Monteçuma* se hacia, y poniendo muchas piedras encima de las murallas y troços de palo y varas arrojadiças, cargáronlas de gente, la qual toda aquella noche no dexaron de cantar y vocear para que los enemigos entendiesen que no dormian. El gran señor *Monteçuma*, viendo que no podia hacer lo que deseaba, otro dia de mañana juntó su gente y esforzándolos, dixo: valerosos mexicanos y tezcucanos y tepanecas, con todas las prouincias: aquí no podemos hacer otra cosa sino morir ó vencer, porque á esto somos aquí venidos: nuestros contrarios muestran valor y coraçon y propósito de defender su ciudad: ruegoos que agais como valerosos, que en esta empresa el morir es vivir para siempre con perpetua honra y gloria. Estando en esto asomó el ejército de los contrarios, que salia por un lado de la ciudad, muy en órden y gente muy lucida, y puestos en ala junto á la primera cerca, que era de quatro braças en ancho y de tres en alto, todos fuera de la ciudad en el campo, *Monteçuma* mandó que solos los mexicanos, con los chalcas y tlaluicas, saliesen á ellos, y quel tezcucano se estoviese quedo y el tepanecatl, hasta quel mandase lo que auian de hacer. El mexicano salió al enemigo, el qual le salió á receuir con muy buen denuedo; y trauando una cruel batalla, los mexicanos por llegar al muro y los de la ciudad por defendello, murió mucha gente de ambas partes, y reciuendo los mexicanos gran detrimento de las muchas piedras que de las murallas arrojauan y varas, les fué forçado retirarse, porque auia turado la batalla casi todo el dia, quedando los de la ciudad victoriosos en alguna manera.